

mente a partir de la ciudad cuando los valores, incluyendo también a la ciudad como un valor, se transforman en objetos de la vida humana, tanto en la perspectiva individual como en la perspectiva colectiva.

En esta misma línea de especulación tenemos que añadir algunas otras sugerencias para completar el razonamiento. Por ejemplo, lo social cristaliza en la ciudad, sólo en la ciudad. Cuando no se recurre a nociones sociales, tomadas de la convivencia, tomadas pues de la ciudad, es muy difícil formarse una idea del individuo. Lo social, encarnado en la ciudad, penetra cada vez más en cada uno de nosotros. Actividad humana individual, en el sentido de asocial, no hay, en ninguna acepción. Absolutamente en ninguna. ¿Acaso el descubrimiento de las ecuaciones de Einstein, para poner un ejemplo exótico, debemos considerarlo como una hazaña individual? No. Pues la imagen del mundo que implican no es cosa exclusiva del individuo llamado Einstein sino de esa imagen del mundo a que hacen referencia tácita, donde se expresa la conciencia cósmica que el hombre moderno tiene del universo. La imagen del mundo en que vivimos sobrepasa siempre la percepción individual, sin darnos cuenta de ello. Ahora bien, la imagen del mundo es una creación social.

La historia del hombre puede relatarse haciendo, por ejemplo, historia del arte o del derecho. Ciertamente. La historia de las ciudades ofrece esa misma posibilidad, aunque en forma más directa y concreta, porque el arte o el derecho se originan en la ciudad, condicionados por la estructura social y la imagen del mundo que la ciudad cristaliza o materializa. Pero hay más. Porque el desarrollo del arte o del derecho se hace junto con el desarrollo de la ciudad.

La ciudad ha hecho, pues, del hombre lo que el hombre es. Estas premisas elementales convenía apuntarlas aquí, anteponiéndolas a nuestro relato. Constituyen el marco general en que ha de producirse.

La Ciudad Antigua: Grecia

Sociología Cultural del Mundo Clásico.—El Mediterráneo, el mar con sus orillas, sus penínsulas e islas, fue el escenario del gran drama de la Humanidad que conocemos con el nombre de "mundo clásico". Tuvo su culminación en Grecia y Roma. Por lo menos hasta la Reforma Protestante, Europa ha tenido como centro la cultura del Mediterráneo.

Cuando entramos en el Occidente, y en su ámbito cultural, se llega al campo propio del hombre. Al ser del hombre, cuya dimensión esencial consiste en que el individuo, la persona humana, se sitúa libre por encima de su destino, pero teniendo a la vez, escribe Alfred Weber,⁴ "el más profundo conocimiento

⁴ Weber, A.: *Historia de la Cultura*, México, 1942.

de los abismos de la vida". Nos encontramos, por ejemplo, con la actitud prometeica como expresión de la naturaleza humana, de lo que es el hombre mismo; o sea, el hecho de que la cultura y la civilización humanas, cuyo fundamento arranca de la rebeldía contra la divinidad, sufran la amenaza de sí mismas, la amenaza que procede de ellas. En la formación del hombre, la cultura greco-romana ha sido un factor decisivo, en dos direcciones aparentemente opuestas, que son las dos direcciones en que esa cultura ha ido cuajando; de una parte, en la dirección pagana, cuando la cultura griega dominaba el Mediterráneo; de otra, cuando fuertemente amalgamada en lo espiritual se desplaza hacia el Este y dio forma a la potente transformación operada por el Cristianismo. Roma creó el ámbito mundial unitario donde se realizaron los movimientos descritos.

La cultura clásica lleva en su seno dos afirmaciones: primera, sería mejor no haber nacido; ⁵ segunda, empero, no hay nada más poderoso que el hombre. Una perfecta sobriedad intelectual y una acusada racionalidad constituyen el cimiento invisible de la imagen clásica del mundo. Hay que añadir la riqueza de pasión y sentimiento que dotó a la cultura greco-romana con la capacidad de expresar, en forma universal, todas las posibilidades humanas. Grecia y Roma, en fin, han descubierto al hombre. Han descubierto nuestra ley interior: el hecho de que el individuo se halla inserto con su propia ley en una totalidad suprema que está por encima de todo y que se estima como inalterable. Que esto, la inserción individual en la totalidad superior, en la totalidad del cosmos y la polis, fuera o no justo, es una pregunta que el griego, por ejemplo, no hace nunca... Enfrenta al fardo impuesto por el destino, lo mira cara a cara y no trata de evadirse. La cultura greco-romana no es, como la contemporánea nos parece a veces, una cultura de evasión sino de afirmación. Si el destino o el hado son adversos, puedes quejarte; se quejan los héroes homéricos, se queja Antígona, se quejan los estoicos. ¡Y en qué forma! "Quejate de tu suerte, cuando sea adversa, pero juzgarla como justa o injusta no es cosa de la competencia del hombre." Así lo repetirá Séneca el estoico. Tampoco la cuestión de la culpa y el pecado se presentan en la cultura clásica.⁶

La cultura griega es encarnación de lo divino en la forma. El hombre recibe su íntima ley, que representa configuración y orden, sólo en cuanto deje resonar la ley general del ser en la realización o concreción individual que él representa. Participar de la forma de las cosas significa alcanzar la plenitud del ser. La polis se muestra como el intento de articulación de la comunidad y de su inserción en la totalidad cósmica, intento que sólo es correcto cuando

⁵ Esquilo, Eurípides: *Teatro clásico*; "Biblioteca clásica española"; Madrid, 1896.

⁶ Séneca: *Cartas a Lucilio*; carta XVI; París, 1910.

del Tíber que vende polvos de azufre para lañar los cristales rotos. Buhoneros cargados de ropas, lienzo y otras mercancías, carniceros que ofrecen un cuarto de buey, ponderan las excelencias de sus géneros, cada cual a su modo y siempre a gritos.

Tampoco por las noches permanecían silenciosas las calles de Roma. Carruajes que doblan, en rápido viraje, las esquinas de las estrechas calles. Voces y gritos de los borrachos, los noctámbulos y las noctámbulas, entre las que figuraban a veces damas de la alta sociedad, como Julia, la hija de Augusto. Escaso sosiego nocturno envolvía, positivamente, a la ciudad. Añádase las serenatas de los enamorados que imploraban de su amada que les abriese la puerta o pretendían escalarla por la fuerza, servidos de robustos jayanes. Pero cuando todas las tabernas estaban cerradas y en silencio, las calles vacías y sin alumbrado alguno, volvíanse tan temerosas como peligrosas para el viandante solitario. Los desmanes callejeros en medio de la noche figuraban entre las diversiones favoritas de la juventud dorada. El pobre romano que cruzaba en el camino de estos señoritos de la época, alumbrándose con un cabo de vela o acompañado de un solo esclavo, era obligado a detenerse, a cantar, a desnudarse y, cuenta Marcial, era indefectiblemente manteado. De los tejados de las casas llovían tejas y los vecinos arrojaban cubos de agua sucia, o de cosas peores, desde las ventanas altas.

Ha sido Marcial quien dejara escrita la más amarga queja contra el ruido y el bullicio de Roma. Lo único que pide para seguir componiendo sus pequeñas poesías es poder dormir a placer. Sólo volvió a encontrar el sueño y el sosiego al regresar a su tierra natal.

Sin embargo, Roma era una ciudad incomparable. ¿Qué era lo que principalmente contribuía a producir esta grandiosa impresión? Era el hervidero inmenso y sin cesar distinto de una población que afluía a Roma de todos los países, el tráfico incesante y aturdidor de una ciudad cosmopolita, la grandiosidad, el esplendor y la abundancia de las obras y los edificios públicos. En un documento oficial redactado entre los años 312-15 se mencionan 6 obeliscos, 8 puentes, 11 termas, 19 acueductos, 2 circos, 2 anfiteatros, 3 teatros, 4 escuelas de gladiadores, 5 naumaquias, 36 arcos de mármol, 37 puertas de la ciudad, 290 almacenes y graneros, 254 panaderías públicas, 1700 residencias particulares y palacios, 56 602 casas de vecindad, 856 baños públicos y 1352 baños privados. Mommsen encontró y tradujo el documento que extractamos. Quien contempla la ciudad desde lo alto del Capitolio, como Arístides, veía cómo su mirada se perdía en un dédalo de edificios fastuosos, palacios y monumentos de todas clases, que se desplegaban a sus pies a lo largo de varios kilómetros, por valles y colinas.

La "Civitas" Romana; su Sentido Sociológico.—Para la concepción griega del mundo, cada idea, cada figura en la plástica, cada cosa, es la representante de algo firme, trascendente, que está detrás de ella. Así también la *polis*. El alma, que es forma, que es figura, penetra al todo, al universo entero, y logra su proyección visible, corporal como idea, como obra de arte, o como ciudad. La ciudad es la forma de lo social; la clase social se entiende, a su vez, como la doble forma de vida individual y social. La virtud llamada tolerancia, por ejemplo, es a la vez la virtud del artesano como forma de vida individual, como ἀρετή, *virtus*, y como forma de vida social de la clase artesanal. El horizonte ético individual coincide con el horizonte ético de la clase social en que se articula el individuo, es el mismo.

El concepto romano de cargo público tiene origen mágico. Este elemento mágico configuró en la forma más rigurosa y severa la *civitas*; se deriva, en última instancia, de la vinculación mágica del clan o linaje, de la sangre entendida como categoría social. Roma introduce, pues, en la historia del hombre, una nueva constelación, desconocida antes. La raíz mágica del poder político. Configuró, repetimos, la ciudad. El fundamento de la clase social está en la sangre, no en la función económica comprendida en una dimensión o característica ética. Los griegos no tuvieron ni la menor idea de la sangre como factor político. Explicaban la naturaleza humana valiéndose de la estructura tripartita: *hombre, polis y cosmos*, dando al miembro intermedio la significación de un elemento integrador. La ciudad integra al individuo en sí mismo y en la totalidad universal.

Teniendo en cuenta la constelación inicial, el fundamento de la *civitas* en la sangre entendida como categoría social, cabe preguntar si Roma pudo resolver la misión mundial, la tarea universal, que le deparó a la *civitas* la marcha de las cosas. A esta pregunta hay que contestar con un no. La *civitas*, fundada con la idea de una jerarquía patriarcal de labriegos y soldados, en la magia de la sangre, se mostró insuficiente para que Roma cumpliera la misión universal que los hechos pusieron ante ella. Apenas realiza la dominación de Italia la concepción señorial mágica saltó en pedazos, arrastrando detrás de sí la libertad política de los ciudadanos romanos. Mediante sus instituciones, y el Derecho en ellas contenido, Roma fracasó en la realización de su destino. No logró establecer la regularidad y continuidad del imperio mundial.

César fue, sin duda, el único romano que concibió esta misión. Cuando murió se hallaba al comienzo de la obra. En ninguno de los sucesores percibimos la orientación hacia la visión cesárea, la necesidad de proceder a una nueva configuración interna, a una reforma interior de gran amplitud que posibilitara el cumplimiento de la misión imperial romana. La jerarquía de la san-